

caso, el sacrificio de los últimos años de mi vida.

En tanto que fluctuaba entre mil partidos diversos, recibí la noticia de que el primer cónsul me había nombrado ministro plenipotenciario en el Valesado. Había al principio dado algún crédito á mis detractores; pero volviendo á la razón, comprendí que yo pertenecía á la raza de hombres que no sirve más que para estar en primer término; que no debía asociarme á nadie si quería sacar algún partido de mí. No había plaza alguna vacante; creó una, escogiéndola en conformidad á mis instintos de aislamiento é independencia; me colocó en los Alpes, y me dió una república católica en medio de un mundo de torrentes; el Ródano y nuestros soldados se cruzaban á mis pies; el primero descendiendo hácia la Francia; los segundos subiendo hácia Italia; el Simplon abría delante de mí su atrevido camino. El cónsul se obligaba á concederme todas las licencias que pidiera para viajar por Italia, y Mad. de Bacciocchi me mandaba á decir por conducto de Fontanes que me estaba reservada la primera gran embajada disponible. Obtuve, pues, esta primera victoria diplomática, sin esperarla y sin deseársela; verdad es que se hallaba á la cabeza del Estado un hombre de elevada inteligencia, que no quería abandonar á intrigas de oficina á otra inteligencia que veía dispuesta á separarse del poder.

Esta observación es tanto mas exacta, cuanto que el cardenal Fesch, á quien hago en las presentes *Memorias* una justicia con la cual no debía él contar, había enviado pliegos á París poco favorables á mi persona, casi en el mismo momento en que mudó de conducta conmigo, despues de la muerte de Mad. de Beaumont. ¿Su verdadero pensamiento hallábase en sus conversaciones, cuando me daba permiso para ir á Nápoles, ó en sus misivas diplomáticas? Conversaciones y misivas de la misma fecha se hallaban en contradicción. De mí únicamente hubiera dependido el poner de acuerdo consigo mismo al señor cardenal, haciendo desaparecer hasta las huellas de las comunicaciones que trataban de mí; bastábame sacar de los legajos, cuando fui ministro de Negocios Extranjeros, las elucubraciones del embajador, y no habría hecho mas que lo que hizo Mr. de Talleyrand con su correspondencia con el emperador. Pero no creí tener derecho para usar del poder en beneficio mio. Si alguna vez se registran aquellos documentos, se hallarán en su sitio. Tal vez esta manera de obrar sea una necesidad perjudicial; pero para no hacer mérito de una virtud que no tengo, es menester que se sepa que el haber respetado esas correspondencias de mis detractores depende mas de mi desprecio que de mi generosidad. También he visto en los archivos de la embajada francesa en Berlin cartas del señor marqués de Bonnay, ofensivas á mi persona, y lejos de hacer un misterio de ellas, las daré á conocer.

El señor cardenal Fesch no guardaba mas consideraciones conmigo que con el pobre abate Guillon (obispo de Marruecos), á quien se señalaba como *agente de Rusia*. De la misma manera llamaba Bonaparte á Mr. Lainé *agente de Inglaterra*, porque aquel grande hombre había aprendido de los informes de la policía á entretenerse en esta especie de chismes. Pero por ventura, ¿no podía objetarse nada contra el mismo Mr. Fesch? ¿Qué caso hacía de él su propia familia? El cardenal de Clermont-Tonnerre se hallaba en Roma como yo en 1803; y ¿qué de cosas no escribió sobre el tío de Napoleon? Aun conservo las cartas. Por lo demás, ¿á quién interesan ya estas pequeñeces, sepultadas hace cuarenta años en unos legajos carcomidos? De los diversos actores que figuraron en aquella época, uno sobrevivirá, Bonaparte. Todos los demás que aspiramos á la vida estamos ya muertos. ¿Quién lee el nombre del insecto al débil resplandor que suele dejar tras sí cuando rastrea?

Posteriormente, el cardenal Fesch me vió de em-

bajador cerca de Leon XII. Dióme pruebas de aprecio y por mi parte procuré anticiparme á ellas y tratarle con deferencia. Bien mirado, es muy natural que se me haya juzgado con una severidad con que yo mismo me trato. Todo esto tiene una antigüedad fabulosa: hoy día ni aun quiero conocer la letra de los que en 1803 sirvieron de secretarios, oficiales ú oficiosos al cardenal Fesch.

Salí para Nápoles, y allí viví un año sin Mad. de Beaumont. Año de ausencia al cual debían seguir tantos otros. No he vuelto á ver á Nápoles desde aquella época, á pesar de que en 1827 llegué hasta sus puertas con intención de visitarle, en compañía de Mad. de Chateaubriand. Los naranjos estaban cargados de fruta, y los mirtos de flores. Las bahías, los campos Eliseos y el mar tenían encantos que ya no podía yo comunicar á nadie. En los *Mártires* he descrito la bahía de Nápoles. Subí al Vesubio, y bajé hasta su cráter. En esto no hice mas que plagiarle; representaba la escena del *René*. En Pompeya me enseñaron un esqueleto cargado de cadenas, y varias frases latinas escritas con mala ortografía por los soldados sobre las paredes. Regresé á Roma: Cánova me concedió la entrada en su taller, al tiempo que trabajaba en la estatua de una ninfa. A otro lado estaban los modelos de las esculturas sepulcrales que le había encargado, las cuales estaban ya muy adelantadas. De allí fui á San Luis á rezar sobre unas cenizas, y en 21 de enero de 1804, día también desgraciado para mí, salí en dirección á París.

¡Cuán grande es la miseria humana! Treinta y cinco años han pasado desde la fecha de estos sucesos. En medio de mi dolor me lisonjeaba yo en aquellos lejanos días de que el lazo que acababa de romperse sería el último que contrajera: y sin embargo, ¡qué pronto he reemplazado, ya que no olvidado, el objeto de mi cariño! Así va el hombre de flaqueza en flaqueza; cuando es jóven y lleva por delante su vida, todavía le queda una sombra de excusa; pero cuando amarrado á su yugo la arrastra penosamente tras de sí, ¿cómo se cohonestará su conducta? Es tal la indignación de nuestra naturaleza, que, afligidos por nuestros transitorios achaques, al pretender expresar nuestros nuevos afectos, no podemos emplear otras palabras que las que hemos empleado en los antiguos. Y sin embargo, hay expresiones que no debieran servir mas de una vez, y que se profanan repitiéndose. Las amistades que vendimos ó abandonamos nos echan continuamente en cara las nuevas relaciones que hemos contraído; nuestras horas se acusan unas á otras; la vida es un perpetuo sonrojo, porque es una culpa continua.

París 1838.

Revisado en 22 de febrero de 1845.

AÑO DE MI VIDA 1804.—REPÚBLICA DEL VALESADO.—VISITA AL PALACIO DE LAS TULLERÍAS.—PALACIO DE MONTMORIN.—OIGO PREGONAR LA MUERTE DEL DUQUE DE ENGHEN.—PRESENTO MI DIMISION.

Como no pensaba detenerme en París, me apeé en el *hotel* de Francia, calle de Beaune, adonde fue madama de Chateaubriand á reunirse conmigo para marchar juntos al Valais. Mis antiguas relaciones, ya medio dispersas, habían perdido el lazo que las reunía.

Bonaparte caminaba hácia el imperio; su genio se elevaba segun iban creciendo los acontecimientos, y podía, como la pólvora al dilatarse, trastornar el mundo. Inmenso ya y conociendo no obstante que aun no había llegado al apogeo, sentíase atormentado por sus propias fuerzas. Marchaba á tientas, y parecía como que buscaba un camino. Cuando llegué á París, se las había con Pichegru y Moreau, á quienes había con-

sentilo en admitir por rivales, llevado de una mezquina envidia. Moreau, Pichegru y Jorge Cadoudal, que era muy superior á los dos anteriores, fueron reducidos á prision.

Ese enjambre vulgar de conspiraciones que se ven en todos los negocios de la vida no cuadraba á mi naturaleza, y con gran placer aproveché la ocasión de refugiarme á las montañas.

El consejo municipal de Sion me dirigió una carta; su sencillez me ha hecho mirarla como un importante documento; entraba yo en la política por la religión; *El Genio del Cristianismo* me abría las puertas.

### Republica del Valesado.

Sion 20 de febrero de 1804.

EL CONSEJO MUNICIPAL DE SION.

«A Mr. de Chateaubriand, secretario de legacion de la república francesa en Roma:

» Señor secretario:

» Por una carta oficial de nuestro gran baillio hemos sabido vuestro nombramiento para ocupar el puesto de ministro de Francia cerca de esta república, y nos apresuramos á manifestaros el especial placer que semejante elección nos causa. En vuestro nombramiento vemos una preciosa prenda de la benevolencia del primer cónsul para con nuestra república, y felicitándonos por el honor de poseeros en nuestros muros, consideramos esta circunstancia como uno de los mas felices agüeros para el bienestar de nuestra patria y de nuestra capital. Como una muestra de estos sentimientos, hemos acordado que se os prepare un alojamiento provisional digno de recibiros y provisto de muebles y efectos adecuados á vuestro uso, hasta el punto que las circunstancias y la localidad lo permitan, interin podeis vos mismo dictar las disposiciones convenientes.

» Tened á bien aceptar esta oferta como una prueba de nuestras sinceras intenciones de honrar al gobierno francés en la persona de su enviado, cuya elección debe ser particularmente grata á un pueblo desgraciado. Desearíamos que os sirviérais avisarnos con anticipación de vuestra llegada á esta ciudad.

» Recibid la seguridad de nuestra respetuosa consideración.

» El presidente del consejo municipal de Sion,

» DE RIEDMALTEN.

» Por el consejo municipal.

» El secretario,

» DE SORRENTE.»

Dos días antes del 20 de marzo me vestí para ir á despedirme de Bonaparte en las Tullerías; no le había vuelto á ver desde la entrevista de casa de Luciano. La galería en que daba audiencia estaba llena de gente; hallábase acompañado de Murat y del primer ayudante de campo; pasaba casi sin detenerse. A medida que se acercaba á mí me sorprendía la alteración de su semblante; sus mejillas estaban hundidas y lívidas, su mirada torva, su tez pálida, su aspecto sombrío y terrible. Cesó desde aquel momento la simpatía que al principio tuve hácia él; en vez de permanecer en el sitio por donde debía pasar, di unos pasos atrás para evitar su encuentro. Me dirigió una mirada como procurando reconocermé, dió algunos pasos hácia mí y despues se volvió y se alejó. ¿Era yo por ventura á

sus ojos una reconvencción? Su ayudante de campo reparó en mí; perdido entre la muchedumbre que me rodeaba, me seguía con la vista y arrastraba al cónsul hácia el sitio en que me hallaba. Esta maniobra continuó por espacio de un cuarto de hora; yo retirándome siempre, Napoleon siguiéndome sin saberlo. Nunca me he podido explicar la causa de esto. ¿Me creía tal vez un hombre sospechoso sin conocerme? ¿Quería, conociéndome, obligar á Bonaparte á que me hablase? Sea de esto lo que quiera, Napoleon pasó á otra habitación. Satisfecho yo con haber cumplido presentándome en las Tullerías, me retiré. Al ver la alegría que siempre he experimentado al salir de un palacio, es evidente que no he nacido para entrar en ellos.

De vuelta al *hotel* de Francia dije á muchos de mis amigos: — «Preciso es que suceda alguna cosa muy extraña, porque Napoleon no puede haber cambiado tanto, á menos de hallarse enfermo.»

Mr. Burienne tuvo noticias de mi singular profecía solamente que ha equivocado la fecha: hé aquí lo que dice: — «Volviendo de casa del primer cónsul, Mr. de Chateaubriand dijo á sus amigos que había notado en el primer cónsul una gran alteración y algo de siniestro en sus miradas.»

Si, lo noté efectivamente; una inteligencia superior no comprende nada malo sin dolor, porque el mal no es hijo natural de ella, y nunca debería producirlo.

El día 20 me levanté muy temprano, á causa de un recuerdo tan triste como querido: Mr. de Montmorin había hecho edificar un palacio á lo último de la calle de Phunet, en el baluarte nuevo de los Inválidos. En el jardín de este palacio, vendido durante la revolución, Mad. de Beaumont, siendo casi niña, había plantado un ciprés, y muchas veces al pasar por allí se complacía en enseñármelo. Fui á despedirme de este ciprés, cuyo origen y cuya historia era solamente conocida por mí. Aun existe; pero sus ramas enfermizas se elevan apenas á la altura de la ventana, bajo la cual una mano que no volverá á hacerle cuidaba de su cultivo. Siempre he tenido por este pobre árbol una particular predilección, distinguiéndole entre tres ó cuatro de su especie; parece como que me conoce y que se alegra cuando me aproximo á él; las brisas melancólicas hacen inclinar ante mí su amarillenta cabeza, produciendo un triste murmullo ante la ventana de la abandonada habitación: misteriosa inteligencia que existe entre nosotros y que cesará con la muerte de uno de los dos.

Habiendo pagado mi piadoso tributo, volví á cruzar el baluarte y la esplanada de los Inválidos; atravesé por el puente de Luis XVI y el jardín de las Tullerías, de donde salí por la verja que da hoy á la calle de Rivoli. Allí, como entre once y doce de la mañana, oí á un hombre y á una mujer que gritaban vendiendo una noticia oficial; los transeúntes se detienen petrificados al escuchar estas palabras: — «Sentencia de la comisión militar especial convocada en Vincennes, que condena á la pena de muerte al llamado Luis Antonio Enrique de Borbon, nacido en Chantilly el 2 de agosto de 1772.»

Este grito me hirió como un rayo; cambió mi vida del mismo modo que cambió la de Napoleon. Entré en mi casa, y dije á Mad. de Chateaubriand: — «El duque de Enghien acaba de ser fusilado.» Me senté delante de una mesa, y me puse á escribir mi dimisión. Mad. de Chateaubriand no se opuso, y me vió redactarla con un gran valor. No desconocía ella el peligro que corría: trabajábase en el proceso del general Moreau y de Jorge Caudal: el leon había probado la sangre, y no era aquel el momento de incitarle.

Mr. Clausel de Coussergues llegó en aquel momento; había oído también pregonar la sentencia. Me encontró con la pluma en la mano: mi carta, de la

que me hizo suprimir algunas frases algo duras, en atención á Mad. de Chateaubriand, partió para su destino; estaba dirigida al ministro de Negocios Extranjeros. Poco importaba su redacción: mi opinión y mi crimen consistían en el acto de dimitir: Bonaparte no se engañó. Mad. Bacciochi estalló de cólera al saber lo que llamaba mi *defeccion*; me mandó llamar, y me hizo las mas vivas reconvenciones. Mr. de Fontanes casi enloqueció de miedo el primer momento: me creyó fusilado cuando menos, así como todas las personas que me eran adictas. Por espacio de muchos dias mis amigos estuvieron temiendo verme prender por la policía; presentábanse en mi casa de hora en hora, temblando siempre que se acercaban al cuarto del portero. Monsieur Pasquier vino á abrazarme al dia siguiente de mi dimision, diciéndome que se consideraba dichoso en tener un amigo como yo. Este permaneció bastante tiempo en una honrosa medianía, alejado de los negocios públicos.

Sin embargo, este movimiento simpático que nos hace objeto de alabanzas por una accion generosa, se contuvo. En nombre de la religion habia yo aceptado un empleo fuera de Francia, empleo que me habia conferido un genio poderoso, vencedor de la anarquía, un gefe emanado del principio popular, el *cónsul* de una república, y no un rey. Continuacion de una *monarquía* usurpada, al principio me hallaba aislado en mi sentimiento, porque era un mero cambio de dinastía; pero en constante oposicion sobre muchos puntos, nuestras dos naturalezas se chocaban á su vez; y si es cierto que él me hubiera hecho fusilar de muy buena gana, tambien lo es que al matarlo no hubiera tenido yo mucho sentimiento.

La muerte es la que hace ó destruye una grande posicion; ella detiene al hombre en el abismo en que se va á hundir, ó en la altura á que se halla próximo á levantarse: todo es una mision cumplida ó no cumplida; en el primer caso, se sujeta á exámen lo que ha sido; en el segundo, se hacen conjeturas sobre lo que hubiera podido ser.

Si hubiese únicamente consultado mi ambicion, me habria seguramente equivocado. Carlos X no supo hasta Praga lo que yo hice en 1805; volvía entonces de la monarquía. — «Chateaubriand, me dijo en el palacio de Hradschin: ¿habeis servido á Bonaparte?—Sí, señor.—¿Hicisteis vuestra dimision á la muerte del duque de Enghien?—Sí, señor.» La desgracia devuelve la memoria. Os he referido ya que cierto dia en Londres, habiéndome refugiado con Mr. de Fontanes bajo una calle de árboles durante un aguacero, el duque de Borbon se acogió bajo la misma; en Francia su valiente padre y él, que tantas acciones de gracias prodigaban á cualquiera que escribía la oracion fúnebre del duque de Enghien, no me han consagrado un solo recuerdo. Sin duda ignoraban mi conducta. Verdad es que jamás le hablé de ella.

Chantilly, noviembre de 1858.

#### MUERTE DEL DUQUE DE ENGHEN.

Como de las aves de paso, se apodera de mí en el mes de octubre una desazon, que me obligaría á cambiar de clima, si me fuera dable disponer del poder de las alas y de la ligereza de las horas: las nubes que cruzan el cielo me causan envidia. Con el objeto de engañar este instinto me refugié en Chantilly. Anduve allí errante sobre la verde alfombra de yerba: algunas cornejas volando sobre los vallados, los árboles y las esplanadas me llevaron hasta los estanques de Commelle. La muerte habia arrebatado á los amigos que me acompañaron en otro tiempo al palacio de la reina Blanca. Aquellos sitios y aquellas soledades no eran para mí mas que un triste horizonte entreabierto un momento ante mí. En los tiempos de

*René* hubiera yo hallado los misterios de la vida en el arroyo de la Fhève: oculta este su corriente entre el musgo y las espigas: hállase rodeado de cañaverales, y muere en los estanques que alimenta su juventud, siempre espirante y siempre rejuvenecida: estas aguas me encantaban cuando llevaba conmigo los fantasmas que me sonreían á pesar de su melancolía, y que me complacía yo en adornar de flores.

Volviéndome á lo largo de los setos, apenas crecidos, me sorprendió la lluvia; me refugié bajo una haya; sus últimas hojas desaparecían como mis años, su cima se despojava como mi cabeza: estaba marcado el tronco con un círculo encarnado, para ser derribado como yo. Habiendo entrado en la posada con una porcion de plantas de otoño y en una disposicion poco favorable á la alegría, os haré la narracion de la muerte del duque de Enghien, á vista de las ruinas de Chantilly.

Esta muerte por el pronto heló de espanto todos los corazones: vióse próxima la vuelta del reinado de Robespierre. París creyó volver á presenciar uno de esos dias que se ven una vez sola: el dia de la ejecucion de Luis XVI. Los partidarios, los amigos, los parientes de Bonaparte, hallábanse consternados. En el extranjero, si el lenguaje diplomático ahogó repentinamente la sensacion popular, no por eso conmovió menos á la multitud. En la familia desterrada de los Borbones el golpe fue terrible: Luis XVIII devolvió al rey de España la condecoracion del Toison de oro que Bonaparte acababa de recibir: esta devolucion fue acompañada de la siguiente carta, que hace honor seguramente á la mano que la escribió:

«Señor y caro primo: Nada puede haber de comun entre mí y el gran criminal á quien la audacia y la fortuna han colocado sobre un trono que ha tenido la barbarie de manchar con la sangre de un Borbon, del duque de Enghien. La religion puede arrastrarme á perdonar á un asesino; pero el tirano de mi pueblo debe siempre ser enemigo mio. La Providencia en sus altos fines puede condenarme á terminar mis dias en el destierro; pero jamás mis contemporáneos ni la posteridad podrán decirme que en el tiempo de la adversidad me he mostrado indigno de ocupar hasta el postrer suspiro el trono de mis antepasados.»

Preciso es no olvidar otro nombre que se asocia al del duque de Enghien: Gustavo Adolfo el destronado, el desterrado, fue el único de los reyes reinantes entonces que osó alzar la voz para salvar al jóven príncipe francés. Expidió desde Carlsruhe un ayudante de campo portador de una carta dirigida á Bonaparte; esta llegó demasiado tarde: el último de los Condés habia cesado de existir. Gustavo Adolfo devolvió al rey de Prusia el cordon del Aguila negra, como Luis XVIII habia devuelto el Toison al rey de España. Decía Gustavo al heredero de Federico el Grande:— «Que con arreglo á las *leyes de la caballería*, no podia él consentir en ser hermano de armas del asesino del duque de Enghien.» (Bonaparte tenia el cordon del Aguila negra). ¡Hay un amargo sarcasmo en estos recuerdos inusitados de caballería, extinguidos en todas partes, excepto en el corazon de un rey desgraciado hácia un amigo asesinado; nobles simpatías del infortunio, que viven aisladas sin ser comprendidas en un mundo ignorado de los hombres!

¡Ay! habiamos pasado al través de una porcion de despotismos diferentes; nuestros caracteres, dominados por una sucesion de desgracias y de opresiones, no tenían bastante energía para llevar luto demasiado tiempo por la muerte del jóven Condé; poco á poco las lágrimas se agotaron: el miedo se desahogó en felicitaciones por los peligros de que el primer cónsul acababa de pasar y al fin lloró de reconocimiento al ver que este se habia salvado con un tan santo sacrificio. Neron escribió al senado una carta, redactada por Séneca, que hacia la apología del asesinato de

Agripina; los senadores, entusiasmados, colmaron de bendiciones al hijo magnánimo que no habia temido arrancarse el corazon con un parricidio tan salutar. La sociedad volvió muy pronto á entregarse á los placeres; asustábase ella misma de su luto; despues del terror, las víctimas que habian escapado bailaban y se esforzaban en aparecer dichosas, y temiendo ser tenidas por culpables de memoria, tenían la misma alegría que al subir al patíbulo.

No sin objeto y no sin precaucion se prendió al duque de Enghien: Bonaparte habia tomado una nota exacta del número de los Borbones que habia en Europa. En un consejo, á que fueron llamados Mr. de Talleyrand y Mr. Fouché, se expuso que el duque de Angulema se hallaba en Varsovia con Luis XVIII; el conde de Artois y el duque de Berry en Londres, con los príncipes de Condé y de Borbon. El menor de los Condé se hallaba en Ettenheim, en el ducado de Baden. Se reconoció que los Sres. Taylor y Drake, agentes ingleses, habian renovado las intrigas por este lado. El duque de Borbon, con fecha 10 de junio de 1803, puso en salvo contra una prision probable á su nieto por medio de una carta dirigida de Londres, y que se conserva. Bonaparte llamó á su lado á los dos cónsules, sus colegas. Dió primero amargas quejas á Mr. Real, por haberle dejado ignorar lo que contra él se proyectaba: escuchó pacientemente las excusas: Cambaceres fue quien se expresó con mas energía. Bonaparte le dió las gracias, y fue mas allá que él. He visto esto en las memorias de Cambaceres, que uno de sus sobrinos, Mr. de Cambaceres, par de Francia, tuvo la bondad de dejarme consultar, por lo que le estaré siempre sumamente reconocido. La bomba, lanzada una vez, no vuelve al sitio de partida; va hácia el sitio adonde se la envia y cae. Para ejecutar las órdenes de Bonaparte era preciso violar el territorio de Alemania, y el territorio de Alemania fue inmediatamente violado. El duque de Enghien fue preso en Ettenheim. Se encontró á su lado, en vez del general Dumouriez, al marqués de Tumery y á algunos otros emigrados de poca nombradía: esto debiera haber advertido de la equivocacion. El duque de Enghien fue conducido á Strasburgo. El principio de la catástrofe de Vincennes nos fue referido por el mismo príncipe en un diario de camino desde Ettenheim á Strasburgo: el héroe de la tragedia se adelanta al proscenio, y pronuncia el siguiente prólogo:

#### DIARIO DEL DUQUE DE ENGHEN.

«El jueves, 15 de marzo, dice el príncipe, fue cercada mi casa en Ettenheim por un destacamento de dragones y por piquetes de gendarmería, total como hasta unos doscientos hombres, dos generales, el coronel de dragones, y el coronel Charlot de la gendarmería de Strasburgo, á eso de las cinco de la mañana. A las cinco y media, habiendo derribado las puertas, fui conducido al molino, cerca del tejar. Se apoderaron de mis papeles, sellándolos. Conducido en un carro, entre dos filas de soldados, fui así llevado hasta el Rhin. Embarcáronme despues para Rhisnan. Habiendo desembarcado, fui á pie hasta Pfortsheim. Almorcé en la posada. Subiéronme despues en un carruaje con el coronel Charlot, con el comandante de la gendarmería del distrito, un gendarme en el pescante, y Grunstein. Llegué á Strasburgo, á casa del coronel Charlot, á las cinco y media de la tarde. Media hora despues fui conducido en un fiacre á la ciudadela. . . . .

»Domingo 18. Acaban de hacerme levantar á la una y media de la mañana. No me dejan mas que el tiempo preciso para vestirme. He abrazado á mis desgraciados compañeros, á mis géntes. Salgo únicamente

acompañado de dos oficiales de gendarmería y dos soldados del mismo cuerpo. El coronel Charlot me anunció que íbamos á casa del general de division, quien habia recibido órdenes de París. En vez de esto me hallo con un carruaje de camino con seis caballos en la plaza de la iglesia. El subteniente Petermann subió á mi lado; el comandante del distrito, Blitersdorff, en el pescante; dos gendarmes dentro y otro fuera.»

Aquí el naufrago, próximo á sumergirse, interrumpió su diario.

Habiendo llegado á eso de las cuatro de la tarde ante una de las barreras de la capital; adonde desemboca el camino de Strasburgo, el carruaje, en vez de entrar en París, siguió el boulevard exterior, y se detuvo en el fuerte de Vincennes. El príncipe bajó del carruaje en el patio interior, y fue conducido á una habitacion de la fortaleza, donde le excerraron, quedándose dormido al poco tiempo.

A medida que el príncipe se iba acercando á París, Bonaparte afectaba una tranquilidad que no tenia. El 18 de marzo partió para Malmaison: era el domingo de Ramos. Mad. Bonaparte, que, como toda su familia, se hallaba instruida de la prision del príncipe, le habló de ella. Bonaparte le dijo:—«Tú no sabes nada de política.» El coronel Savary habia llegado á obtener el favor de Bonaparte; ¿y por qué? Porque le habia visto llorar en Marengo. Los hombres excepcionales deben desconfiar de sus lágrimas, que les ponen al nivel de los hombres vulgares. Las lágrimas son una de esas debilidades por las que un testigo puede hacerse dueño de las resoluciones de un gran hombre.

Asegúrase que el primer cónsul hizo redactar todas las órdenes para Vincennes. Decia una de estas órdenes que si la sentencia resultase ser una sentencia de muerte, debía ser ejecutada al momento. Creo esto, aunque no lo puedo afirmar, puesto que aquellas órdenes han desaparecido: Mad. de Remusat, que en la noche del 20 de marzo jugaba al ajedrez en Malmaison con el primer cónsul, le oyó recitar por lo bajo algunos versos sobre la clemencia de Augusto; creyó aquella por un momento que se habia salvado el príncipe. Pero no, el destino habia pronunciado su oráculo. Cuando Savary volvió á aparecer en Malmaison, Mad. Bonaparte adivinó toda la desgracia. El primer cónsul se encerró solo por espacio de muchas horas. Despues sopló el viento, y todo se concluyó.

#### NOMBRAMIENTO DE LA COMISION MILITAR.

Una orden de Bonaparte del 29 ventoso, año XII, habia mandado que se reuniese en Vincennes una comision militar, compuesta de siete individuos nombrados por el general gobernador de París (Murat), para juzgar *al llamado duque de Enghien, acusado de haber hecho armas contra la república, etc.*

Con arreglo á este decreto, el mismo dia 29 ventoso Joaquín Murat nombró para la dicha comision á los siete militares siguientes:

El general Hulin, que mandaba á los granaderos de á pié de la guardia de los cónsules, presidente.

El coronel Guittou, comandante del primer regimiento de coraceros.

El coronel Bazancourt, comandante del 4.º regimiento de infantería ligera.

El coronel Ravier, comandante del 18.º regimiento de infantería de línea.

El coronel Barrois, comandante del 6.º regimiento de infantería de línea.

El coronel Rabbe, comandante del 2.º regimiento de la guardia municipal de París.

El ciudadano Autancourt, mayor de la gendarmería, que desempeñaba las funciones de capitan-fiscal.

#### INTERROGATORIO DEL CAPITAN-FISCAL.

El capitan Autancourt, el gefe de escuadron Jacquín, de la legion de preferencia, dos gendarmes de á pié del mismo cuerpo, Lerva, Tharsis y el ciudadano Noiro, teniente del mismo cuerpo, se presentaron en la habitacion del duque de Enghien; despertáronle; no debia esperar sino cuatro horas para volver á su sueño. El capitan-fiscal, acompañado de Molin, capitan del 18.º regimiento, escribano nombrado por el citado fiscal, interrogó al príncipe.

Preguntándole por sus nombres, apellidos, edad y lugar de su nacimiento:

Respondió llamarse Luis Antonio Enrique de Borbon, duque de Enghien, nacido el 2 de agosto de 1772 en Chantilly.

Preguntado que en qué punto habia residido desde su salida de Francia:

Respondió: que despues de haber seguido á su familia, y habiéndose formado el ejército de Condé, habia hecho toda la guerra, y que antes de esto habia hecho la campaña de 1792 en Brabante con el ejército de Borbon.

Preguntado si habia pasado á Inglaterra, y si esta potencia le continuaba dando alguna pensión:

Respondió: que nunca habia estado en ella; que la Inglaterra le daba una pensión; y que solo contaba con ella para vivir.

Preguntado por el grado que ocupaba en el ejército de Condé:

Respondió: comandante de la vanguardia antes de 1796; antes de esta campaña voluntario en el cuartel general de su abuelo, y siempre desde 1796 comandante de la vanguardia.

Preguntado si conocia al general Pichegru, y si habia tenido relaciones con él:

Respondió: no me acuerdo de haberle visto jamás. No he tenido con él relacion alguna. Sé que ha deseado verme, y me doy el parabien de no haberle conocido, si es cierto que se ha querido valer de medios tan viles como se asegura.

Preguntado si conocia al ex-general Dumouriez y si habia estado en relaciones con él:

Respondió que no.

De lo cual se tomó acta, firmada por el duque de Enghien, por el gefe del escuadron Jacquín, por el subteniente Noiro, por los dos gendarmes y por el capitan-fiscal.

Antes de firmar el presente proceso verbal, el duque de Enghien dijo:—«Pido con instancia tener una audiencia particular con el primer cónsul. Mi nombre, mi rango, mi modo de pensar y la posicion horrible en que me hallo me hacen esperar que no se negará á mi deseo.»

#### SESION Y SENTENCIA DE LA COMISION MILITAR.

«A las dos de la mañana del dia 21 de marzo el duque de Enghien fue conducido á la sala en que se hallaba reunida la comision, y repitió lo que habia dicho en el interrogatorio del fiscal. Ratificó-e en su declaracion: añadió que estaba pronto á hacer la guerra, y que deseaba tomar parte en la nueva guerra de la Inglaterra contra Francia.

«Habiéndole preguntado si tenia alguna cosa que decir sobre sus medios de defensa, respondió que nada mas tenia que hablar:

«El presidente hizo retirar al acusado: el consejo deliberó en sesion secreta; el presidente recogió los votos, empezando por el individuo de menor graduacion; despues, habiendo él emitido el último su opinion, por unanimidad de votos se declaró al duque de Enghien culpable, y se le aplicó el artículo..... de la ley de..... concebido en estos términos...»

.....y en su consecuencia le condenó á la pena de muerte. Se decidió que la presente sentencia fuese cumplida inmediatamente despues de las diligencias del capitan-fiscal, y despues de haberse hecho lectura de ella ante el condenado á presencia de los diferentes destacamentos de los cuerpos de la guarnicion.

«Aprehendido y juzgado en el dia mes y año arriba citados.»

Detrás de aquel sepulcro abierto, ocupado y cerrado, vinieron diez años de olvido, de alegría general y de gloria; la yerba creció al ruido de las salvas, que anunciaban las victorias á la luz de las iluminaciones que alumbraban la consagracion pontifical, el casamiento de la hija de los Césares ó el nacimiento del rey de Roma. Unicamente algunas personas tristes andaban errantes por los bosques, atreviéndose furtivamente á dirigir una mirada á aquellas cenizas, en tanto que algunos presos las veian desde lo alto de la torre que los encerraba. Llegó la restauracion: removiése la tierra de la tumba, y con ella las conciencias; cada uno de por sí creyó entonces deber explicar su conducta. Mr. Dupin, mayor, publicó su discusion; Mr. Hulin, presidente de la comision militar, habló á su vez; el duque de Rovigo entró en la controversia acusando á Mr. de Talleyrand; un tercero respondió en nombre de Mr. de Talleyrand, y Napoleon elevó su estentórea voz sobre la roca de Santa Elena.

Preciso es reproducir y estudiar estos documentos para asignar á cada uno la parte que le toca y el lugar que debe ocupar en este drama. Es de noche, y estamos en Chantilly; era tambien de noche cuando el duque de Enghien se hallaba en Vincennes.

Chantilly, noviembre de 1858.

AÑO DE MI VIDA 1804.

Cuando Mr. Dupin publicó su memoria, me la envié, acompañada de la siguiente carta:

«Señor vizconde: Tened la bondad de admitir un ejemplar de la publicacion relativa al asesinato del duque de Enghien.

«Há mucho tiempo que hubiera visto la luz pública si no hubiese ante todo respetado la voluntad de monseñor el duque de Borbon, que, habiendo tenido noticia de mi trabajo, me hizo saber sus deseos de que este deplorable negocio no fuese desenterrado.

«Pero la Providencia, habiendo permitido que otros tomasen la iniciativa, se ha hecho necesario dar á conocer la verdad, y despues de haberme asegurado de que no habia ya que guardar silencio, he hablado con franqueza y sinceridad.

«Tengo el honor de ser con el mas profundo respeto, señor vizconde, de V. E. el muy humilde y seguro servidor,

«DUPIN.»

Mr. Dupin, á quien felicité y dí las gracias, descubrió un rasgo ignorado y digno de las nobles virtudes del padre de la víctima. Mr. Dupin empieza su folleto de este modo:

«La muerte del desgraciado duque de Enghien es uno de los acontecimientos que mas han afectado á la nacion francesa: ella deshonoró el gobierno consular.

«Un príncipe en la flor de sus años, sorprendido traidoramente en un país extranjero en que descansaba pacíficamente bajo la proteccion del derecho de gentes; arrastrado violentamente á Francia; llevado ante unos mal llamados jueces, que de ningún modo podian serlo suyos; acusado de crímenes imagina-

rios, privado del auxilio de un defensor, interrogado y condenado en secreto, muerto de noche en los fosos del castillo que servia de prision de Estado; tantas virtudes menospreciadas, tantas esperanzas destruidas, harán siempre de esta catástrofe uno de los actos mas crueles á que puede abandonarse un gobierno absoluto.

«Si las formas de ninguna clase no han sido respetadas; si los jueces eran incompetentes; si ni aun se han tomado el trabajo de citar en su sentencia la fecha y el texto de las leyes en que pretendian apoyar esta condena; si el desgraciado duque de Enghien ha sido fusilado en virtud de una sentencia firmada en blanco... y que no ha sido regularizada sino despues de su cumplimiento, entonces no es únicamente la inocente víctima de un error judicial; el hecho permanece con su verdadero nombre; es un odioso asesinato!»

Este elocuente exordio condució á Mr. Dupin al exámen de las piezas de la causa: demuestra primero la ilegalidad cometida en su aprehension; el duque de Enghien no fue preso en Francia, no era prisionero de guerra, puesto que no habia sido cogido con las armas en la mano; no era tampoco un preso civil, porque no se habia pedido su extradicion; aquello habia sido un atropello contra su persona, comparable únicamente á las capturas de los piratas de Túnez y de Argel, una incursion de ladrones *incurtio latronum*.

El jurisconsulto pasa á hablar de la incompetencia de la comision militar; hasta entonces nunca habian las comisiones militares entendido del conocimiento de supuestas conspiraciones, urdidas contra el Estado.

Despues de esta observacion analiza la sentencia:

«El interrogatorio, dice Mr. Dupin, se verificó en 29 Ventose á media noche. Al dia siguiente á las dos de la mañana compareció el duque de Enghien ante la comision militar.

«En la minuta de la sentencia se lee: Hoy 30 Ventose, año XII de la república á las dos de la mañana: estas últimas palabras á las dos de la mañana que se habian puesto en aquel documento porque en efecto esa habia sido la hora en que ocurrió la escena, fueron borradas en la minuta sin autorizar la enmienda con ninguna acotacion marginal.

«Ni se oyó, ni se presentó ningun testigo contra el acusado.

«¡El acusado fue declarado culpable! ¿Pero de qué? La sentencia no lo dice.

«Toda sentencia condenatoria debe citar la ley en virtud de la cual se aplica la pena.

«Ninguna de tan indispensables formalidades se llevó á cabo en la sentencia de que nos ocupamos. No consta en el proceso verbal tuviesen á la vista un ejemplar de la ley, ni que el presidente hubiera leído el texto de ella antes de aplicarla. Muy lejos de eso la sentencia por lo tocante á su forma material revela que los jueces pronunciaron la sentencia sin saber ni la fecha, ni el tenor de la ley; pues dejaron en blanco en la minuta de la sentencia la fecha de la ley, el número de su artículo y el lugar en que debia consignarse el texto de ella. Y sin embargo; la minuta de una sentencia redactada con tal impecacion dió motivo á los verdugos para derramar una sangre tan ilustre!

«Dice tambien la ley que la deliberacion debe ser secreta; pero que el fallo debe pronunciarse públicamente. Ciertamente es que en la sentencia á que nos referimos se dice: que el consejo deliberó á puertas cerradas; pero no se hace mencion de que estas volvieran á abrirse ni consta que se pronunciara públicamente el resultado de esa deliberacion. ¿Y aunque